

BOLETIN QUINCENAL

Informativo de la "Agrupación Patriótica Catalana"
SUPLEMENTO DE "GERMANOR"

Año II Casilla 3797 Santiago de Chile, 1.º de Septiembre de 1938

N.º 17

Discurso pronunciado por el eminente jurisconsulto Don Angel Ossorio y Gallardo,

ex-ministro conservador de la monarquía, y actual Embajador de España en la República Argentina, en el acto realizado en su homenaje y honor, en Buenos Aires

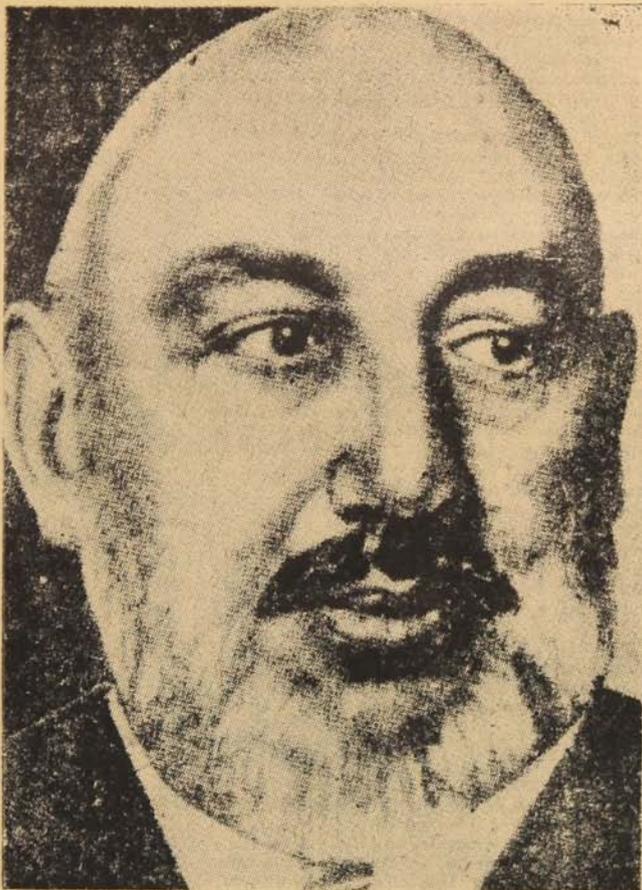
Advertencias preliminares

Si alguno de vosotros espera recrearse con un discurso de tipo lírico, de aquellos en que la elocuencia sorprende a la imaginación y encanta al oído, debe darse de antemano por defraudado. No tengo, para hacerle, vocación ni aptitud. Tampoco las circunstancias lo recomiendan.

Si alguno de vosotros piensa que podrá establecer conexiones o consecuencias entre mis palabras y la política nacional argentina, está igualmente equivocado. Nuestro deber primordial es mantenernos enteramente alejados de la política del país que nos acoge. Sobre esto acaba de decir unas oportunas palabras el señor Jiménez de Asúa, que ha demostrado con ellas una vez más la discreción y el tacto con que ha desempeñado sus funciones de Encargado de Negocios. Y aunque esta noche no haya tenido ocasión de decirlo, yo sé bien que esa es igualmente la conducta invariable de nuestro Cónsul general, señor Blasco

Garzón. Si algo me toca hacer en esta materia, es, sencillamente, rogar a mis compatriotas que pongan un cuidado extremo a fin de que las labores de auxilio a España no se compliquen ni se enlacen jamás con las actividades políticas argentinas. A nosotros nos toca únicamente mantener un respeto leal, una devoción sincera a los Gobiernos argentinos legítimamente constituidos.

Por último, si alguno de vosotros supone que,



dejándome arrastrar por una pasión bien justificada o por una indignación a la que le sobrarian fundamentos, voy a hacerme cargo de los ataques que nuestros adversarios nos dirigen y a responder al ataque descomedido con otro ataque descomedido igualmente, también debe salir de su error. Sólo injurian los hombres de infima categoría. Nuestra República puede repetir la frase que un gran español lanzó en otro tiempo: cada una de las letras de su nombre